

El desembarco de un cyborg

PATRICIA ESPINOSA

Aparecida en 1990, **Todo el amor en sus ojos**, fue la primera novela de Diego Muñoz Valenzuela (1956). Un debut marcado por las ganas de experimentar en la tematización del 73, que aun cuando ha pasado algo inadvertido en el tráfago de los recuentos, no deja de manifestarse como arriesgado e intenso.

A fines del año pasado, Muñoz ha publicado **Flores para un cyborg**, Premio Novela Inédita del Consejo Nacional del Libro 1996. Un libro que aparentemente lo situaría en un camino disímil al de su obra anterior, al comportar rasgos de la ciencia ficción y hasta de novela negra, sin embargo tales intentos

aparecen al servicio de la reconstrucción del devenir político social chileno.

Este último rasgo se ha ido convirtiendo en uno de los más recurrentes en la narrativa de los últimos años. Es casi una constante establecer referencias directas o indirectas tanto a la dictadura, como a la red de temas asociados a ella: tortura, hostigamiento, represión, exilio, persecución, detenidos desaparecidos. Un indicio importante que muestra a la literatura de hoy, a esta Nueva Narrativa, negada a la lógica del consenso o del olvido y encargándose, además, tozudamente de reeditar aquellos "anticuados" temas

Recuperar el pasado

Es esta línea la que parece importante destacar en **Flores para un cyborg**, cuyo protagonista es Rubén, ex preso político de una dictadura latinoamericana que logra escapar al extranjero a cursar un doctorado en electrónica. La soledad del exilio lo lleva a construir a Tom, un cyborg que con un aspecto similar al



suyo le ayuda en diversas tareas. Así, tras graduarse con honores, Rubén y su clon cibernético regresan al terruño nativo, instaurándose la alternancia entre la restauración histórica y la ciencia ficción.

La propuesta de Diego Muñoz adjudica a la ciencia ficción la posibilidad de ayudar a torcer la historia. Cuando el científico vuelve al país, comienza a recuperar el pasado y sus respectivos ideales. Y aunque si bien ha pasado el tiempo, lo fundamental para él, comienza a ser la impunidad de torturadores y asesinos. Rubén, tras conectarse con un antiguo amigo, opta por convertirse en una especie de vengador, cuya ley es imponer justicia por su propia mano. El plan considera como pieza fundamental a Tom, encargado directo de los ajusticiamientos, e involucrará a una pequeña red de personajes. La artificialidad del cyborg es instrumentalizada así, en provecho del proyecto ideológico de su creador,

planteando de paso la pregunta en torno al rol de la tecnociencia y su posible autonomía del hombre. El cyborg depende de Rubén, sin embargo se insinúa la posibilidad futura de su independización. Sobre todo, porque es capaz de sentir cólera, deseos, establecer relaciones sociales ocultas para su creador y, además, porque desea casi obsesamente tener un pene. El cyborg de Muñoz Valenzuela, cuyo nombre en la jerga especializada significa que es un híbrido de cibernética y organismo humano, poco a poco se va acercando al mundo de la marginalidad urbana y a sus redes de sobrevivencia, ubicándose al filo del cyberpunk, uno de los más exitosos subgéneros de la ciencia ficción que concita elementos de una decadente sociedad cibernética y la estética punk.

Un relato coherente

La novela regula de modo justo y necesario los hilos de

la tecnoinformación dejando el camino abierto para que aparezca el verdadero quid de la narración. Esto, podría desagradar a más de algún tecnofílico, en especial al considerar la presencia del cyborg como un artificio. En todo caso, resulta justificada para establecer la alternancia entre los discursos referidos a la amenaza del totalitarismo, la pérdida de los ideales y el cada vez mayor desarrollo informático. La prudencia en el manejo de tales niveles,

desplaza a la ciencia ficción y privilegia la filosofía de Rubén centrada en la "gran certidumbre" del amor a la pareja y los hijos. En el fondo, manifiesta el deseo de una vida simple y común, pero que oculta un violento espíritu reivindicacionista frente a lo que considera injusto.

Flores para un cyborg

es un relato de modernidad encubierto en ropajes que camuflan sus viejos discursos de protesta y disconformidad; aunque ya no desde un proyecto colectivo, sino muy por el contrario totalmente privado. Y aun cuando preferíamos al Muñoz Valenzuela más duro, intransigente y sentimental de antaño, allá por los inicios de los 90, no se puede desconocer que la experimentación le ha permitido construir una novela diferente, por sobre todo entretenida y, fundamentalmente, coherente en términos de creencias.

Flores para un cyborg, Diego Muñoz Valenzuela, Editorial Mondadori, Santiago 1997, 213 páginas.

La novela regula de modo justo los hilos de la tecnoinformación dejando el camino abierto para que aparezca el verdadero quid de la narración. Esto, podría desagradar a más de algún tecnofílico, en especial al considerar la presencia del cyborg como un artificio. En todo caso, resulta justificada para establecer la alternancia entre los discursos referidos a la amenaza del totalitarismo, la pérdida de los ideales y el cada vez mayor desarrollo informático.

